



### CAPÍTULO TERCERO

#### Muerte de Antonieta.

EMOS visto las aplicaciones generales y colectivas del Terror; veamos ahora las especiales y particularísimas. Entre los reos guardados por la Convención vivos, se hallaban en el Temple la viuda de Capeto y el resto de la familia real prisionera. Convenido por sus jueces en que, así el Rey como la Reina serían juzgados cual eran maldecidos, difirieron el juicio de la Reina sin vacilaciones á más tarde, y dejaron intactos en el Temple los fragmentos y residuos del secular árbol que acababan de segar en la guillotina. El enorme sacrificio hecho por los republicanos conservadores ante las aras de los republicanos radicales, la muerte del Rey, no produjo ningún efecto de conciliación y apaciguamiento; por lo contrario, alargó las distancias entre los vencedores; enconó los ánimos con las odiosas particularidades del terrible proceso; dividió en Montaña y Gironda la revolución; empujó los montañeses á la dictadura colectiva, los girondinos á la desmembración federalista; dió una gran parte del poder moral á los jacobinos y franciscanos con otra gran parte del poder material á los comuneros insurrectos en la Municipalidad; hizo perdurable un desconcierto que todo lo quebrantaba; sumó con los horrores de la guerra civil todos los horrores de la guerra irruptura; y si, por una extrema tensión salvó á Francia del desmembramiento, perdió sin remedio la democracia y la libertad, aplastadas bajo la inmensa pesadumbre del imperio, fruto naturalísimo del armamento universal y de la sistemática violencia. Metidos, pues, por tal estado de espíritu público en perdurable discordia, se curaron

mucho los montañeses de perseguir á los girondinos y los dirondinos de contrastar á los montañeses; pero, apenas se curaron de la reacción y de los realistas. Por esta causa la familia real cautiva reaparece muy poco desde la muerte del Rey Luis en los escenarios del movimiento político. Antonieta pudo comunicarse con las gentes extrañas y á largas distancias; entretener sus dramáticas relaciones con el caballero andante de su hermostura, el caballero Fersen; tener un embajador como este aventurero de Suecia; escribir y leer notas diplomáticas; personificar aventuras como la célebre conjuración tramada por redimirla; mantener muy reaccionarias tertulias, compuestas por los mismos guardianes destinados á vigilarla; componer una corte que pudo burlarse así del Ayuntamiento como de la Convención; organizar un partido á su alrededor, el cual partido mostraba con su retoño y reverdecimiento cuán profundas raíces tenía en las entrañas de Francia el religioso culto á la tradicional realeza. Mis lectores no pueden olvidar las bases en que asiento yo este juicio. Ellos conocen al noble Basp, arriesgando su vida por el Rey en el camino de éste al horrible calvario de su siniestro suplicio; ellos al arriesgado Jargayes y su valor sobrenatural; ellos á los literatos de callejuela y comerciantes de vieja librería, que tantas aventuras tramaran y tantos sacrificios hicieran por sacar de su cautiverio á la monarquía; ellos las conjuras de aquellos devotos y de aquellas devociones que á punto estuvieron de libertar á los cautivos, pues todo esto lo adelantáramos en nuestros relatos para mostrar el esfuerzo de la reacción y el arraigo de la tradición. Esta, como era natural, dada su ancianidad, y lo que penetran en los pueblos así las supersticiones como las costumbres, contaba en todas partes con muchos partidarios. Y el modelo de estos partidarios era el célebre Fersen, aquel distinguido conde sueco, de quien tanto habláramos en estas páginas, el cual conde reunía con su culto por la realeza el culto más vivo, más profundo por la reina. Compañero de ésta en su desdichadísimo viaje á Varennes; manipulador de los preparativos para la fuga; cochero de la berlina en que se intentó aquella funesta escapatoria, tomó los desastres y dolores de su amiga con una exaltación, que sólo excusa ó dulcifica la nobleza de los propósitos y la constancia con que los mantuvo hasta en la hora de su imposible realización.

Nadie creía en Europa que la Convención osase descabezar á Luis XVI. Clery, el criado fidelísimo, lo aseguraba insistente á todo el mundo, y esta insistencia la sustentaba siempre Antonieta, diciendo saber de buena tinta que Luis sería condenado tan sólo á la expatriación. En sus comunicaciones con el regente de Suecia Fersen decía tener la Convención resuelto un destierro del rey á quien se le decretaría cuantiosa pensión para que pasase con dignidad y con decoro los últimos días de su vida en extraño suelo. Imaginaos cuál sacudimiento sufriría este hombre al saber la noche del veintisiete de Enero allá en Bruselas que Luis XVI había sido guillotinado en París la mañana del veintiuno. Desde tal momento redobló sus esfuerzos en favor de Antonieta. Nadie sintió en la emigración,

nadie, la muerte del rey. Sus dos hermanos le desamaban, y no costaría mucho trabajo demostrar cómo habían más que todos los revolucionarios contribuido á su deshonra como jefe de familia, y á su destronamiento como jefe del gobierno. Cuando fué bautizado el delfín, su antecesor, el conde de Provenza, protestó contra la legitimidad del recién nacido, sin pensar que lo deshonraba en la cuna y de rechazo deshonraba también á su hermano y á la mujer de su hermano. Mas á pesar de todo esto, en cuanto supo la muerte de Luis, reconoció el reemplazo por su hijo, como representante de la vieja legitimidad real y acaparó del poder destruido aquello que pudo, proclamándose á sí mismo regente del reino en la minoridad de Luis XVII. Fersen se quedó pasmado de que Provenza prescindiera con tal facilidad del derecho de la reina, tutora natural y legal de su hijo, exclamando: «nueva necedad de los necios príncipes». El efecto causado por la muerte del rey fué tan pobre y escaso en la emigración que muchos nobles asistieran la noche aquella en que se recibió la noticia desde París, á los salones, á los conciertos, á los saraos, á los teatros en Bruselas. Fersen difícilmente se conformaba con esta indiferencia. Veía la familia real en los dientes del lobo. Parecíale que cualquier noche los demagogos se presentarían en el Temple y degollarían á las princesas y al delfín como habían degollado á los curas y á los nobles en las matanzas de Septiembre. Pero nadie compartía estos temores atribuidos á romanticismos del conde, ni en la emigración francesa, ni en las extrañas Cortes. Creíase que Luis XVI fuera la víctima propiciatoria inmolada por todos y para todos en los altares de la revolución. Así aguardaban el respeto de la Convención y de la municipalidad á su reina; pero no creía esto con motivo y razón el conde Fersen. Y no creyéndolo, jamás redujo su acción á quejas baldías, impulsó actos eficaces en favor de su excelsa protegida. Pero ¿qué hacer? El celo suyo se rompía y estrellaba contra lo imposible. Quien tenía medios era Mercy, antiguo embajador confidencial de María Teresa junto á su hija, y representante del emperador Francisco en la intrincada madeja de los proyectos restauradores, imperiales, reaccionarios, como queráis llamarlos. Así mil veces Fersen propusiera negociaciones al emperador en servicio y pro de la cautiva. Pero el emperador le respondía que una negociación encerraba sumos peligros; pues atribuida por los revolucionarios á una obra política, podían arrojarle á los pies la cabeza de tan ilustre víctima. «Tranquilizaos, exclamaba; tranquilizaos, la reina brilla por su valor personal, y sabrá morir con grande honor para sí misma y para nosotros». Convenció el caballero de que no faltaban en lo fundamental á Francisco I motivos y razones para pensar así, volvíase á los orleanistas, proponiéndoles sabia conjura en favor de la reina. Mas para esta conjura se necesitaba contar con el jefe, con el duque, y Fersen le profesaba el natural odio que sentía contra tal personaje la reina y nada hizo mejor, nada pudo hacer.

El caballero se desesperaba, pareciéndole imposible aquellas preferencias por la Razón de Estado sobre los afectos más nobles en tanta desgracia, por cuyo remedio debían

arriesgar los jefes y directores de la política europea sus respectivos imperios. Cuando el noble Jarjayes y el resuelto Toulan, ambos valerosos, habían estado á punto de salvar á la Reina, quien permaneció en prisión, por no salir sin sus hijos y sin su hermana ¿qué no pudieron haber hecho los coligados europeos, de sentir iguales afectos que aquellos dos arriesgados conspiradores y deseos idénticos á sus deseos? Así, afligido su corazón por el dolor de la regia persona tan amada, y la imposibilidad absoluta de disminuirlo, perdía Fersen el sentido y llegaba en sus arrebatos á la demencia. Su protegida, conociéndolo, adivinaba cuanto sufría y desde su calabozo le mandaba consuelos y esperanzas como un muerto que alentase por medios sobrenaturales los vivos á vivir desde las tinieblas del sepulcro. Pero Fersen, dada la situación de su ánimo, no podía consolarse con palabras más ó menos lisonjeras, había menester hechos decisivos y prontos. Así le alentó mucho la traición de Dumouriez, y alentado por este infame acto, el cual daba, como todas las infamias, frutos de perdición para todos, y especialmente para la Reina. Fersen creyó muy fecundo el pacto criminal convenido entre los austriacos y los traidores, notificándolo así por un lado al gobierno de Suecia y por otro lado á la cautiva del Temple. Parecíale que un general afortunado y vencedor como Dumouriez; unas tropas como las que habían triunfado en Jemmapes y en Valmi; un prestigio como el obtenido por el Duque de Chartres en sus últimos encuentros; un poder como el representado por Coburgo; un pacto convenido y sellado entre tantas fuerzas no podían menos que granjear favorables resultados y poner á Luis XVII en el Estado, pidiendo instrucciones para saber el papel que debía representar y el ministerio que debía cumplir en tan extraño y extraordinario cambio. Bien es verdad que las noticias en casos así adelantan los hechos y cada partido toma por verdadero lo imaginado por el deseo y lo favorable á sus intereses. Así el Conde Broglie comunicaba sin escrúpulo ni empacho, haber visto con sus ojos y contado con sus dedos unos cincuenta mil hombres de Dumouriez, los cuales, distinguidos por la escarapela blanca, iban hacia París en requerimiento de una restauración monárquica; y el Regente de Suecia convertía en efusiones líricas sus notas diplomáticas y cantaba su *hossanna* por haberse restaurado aquella dinastía de los Borbones con la cual tan íntimas amistades tuvieron su pueblo y su gobierno. Y con estas efusiones juntaba su decreto dirigido á Fersen y formulado en estos términos: «Sois vos amante de Suecia y amigo vuestro yo; no puedo, pues, confiar mis intereses y mi representación á manos mejores que las vuestras: dejé á vuestra discreción el momento más propicio de presentarse en París como embajador mío enviado á la corte de Luis XVII». Fersen, enamorado platónicamente de Antonieta, convirtió las ilusiones de su amor en verdades de la realidad, y escribió diplomática nota, dando á la Reina honores de Regenta y diciéndole que no se creyera obligada para cosa ninguna con Dumouriez, á quien llamaba traidor, como pudiera hacerlo cualquier antiguo republicano, pues la gratitud sólo es debida entre iguales,

no entre una Real Majestad y un humilde vasallo. Cuando se leen tales ilusiones se ve cuánto desbarran los ilusos por una causa creída y amada. No hubo ejércitos levantados contra la República; ni general obedecido en su traición infame; ni escarapelas blancas puestas en morriones franceses; ni voluntarios republicanos convertidos en voluntarios realistas. Dumouriez fué perseguido por sus propias tropas á ojeo limpio y Antonieta quedó en su cautividad, aguardando la guillotina y el verdugo.

Fersen ya no sabía en sus desengaños á qué santo encomendarse para lograr el rescate de la reina. En tantos apuros y perplejidades creyó necesario enterarse á fondo de los sucesos, y para enterarse á fondo de los sucesos, creyó necesario ver al protagonista de la escena desarrollada entonces en la tragedia, ver al general Dumouriez, sobre cuyos actos librara tantas ilusiones y de cuyos actos recibiera tan tristes desengaños. Este proceder muestra cuán difícilmente se rinde una esperanza tenaz á la desesperación. Fersen imaginaba el ejército francés desorganizado sin su jefe; y esta desorganización capaz de franquear á los aliados el camino hacia París, ciudad incapaz de la disciplina indispensable una defensa. Con tal aprensión ilusoria fué corriendo en busca de un hombre que le repugnaba tanto como Dumouriez, por ageno á su lealtad y á sus caballerescas cualidades. La tarde del diez y siete de Abril, á las dos, se personó en Aquisgrán, donde se había refugiado el traidor. Inmensa multitud henchía su asilo. Encerrado en un salón del piso bajo de su albergue, desde la calle todos los viandantes le atisbaban y los grupos se aglomeraban á los ventanones de tal salón, para ver aquel espectáculo como si fuera espectáculo de circo y de teatro. Varios ayudantes le acompañaban. A primera vista no reconoció al conde. Pero como éste le dijera su nombre, le pidió perdón por no haberle conocido cuando tanto le delataba su apuesta y elegantísima figura. Fersen más bien respingó al requiebro que lo agradeció. Aquello del apuesto cuerpo aún tenía un dejo de amargor contra la reina; y al amante más ó menos correspondido, no le debió caer en saco roto la malicia. Los dos interlocutores entraron en el centro natural de su conversación, en la política. El general aseguró al conde haber premeditado con mucho tiempo el plan puesto por obra con tan malaventurada fortuna. Como el nombre de Chartres figurara tanto en la traición, preguntó el diplomático al militar, qué clase de papel representarían los Orleanes en la tragedia. Dumouriez encareció las cualidades del primogénito de Orleans; pero maldijo al padre, que le parecía el peor de los hombres. Entraron después los dos interlocutores en el recuento de las hazañas hechas para impeler el ejército á su traición por Dumouriez. Este comenzó, como para demostrar no fuera tan iluso, cual decían las circunstancias, que metiera en su conjura lo mismo á Birón que á Custine, acercándose á Maguncia con ánimo de dar á este último un formidable impulso y unirlo á su magna obra de restauración monárquica y constitucional. Mas toda esta obra, lejos de lograrse con la deseada felicidad, podía malograrse por culpa de los autriacos, quienes lo mismo en sus movimien-

tos políticos que en sus movimientos militares usaban de una lentitud, la cual en mil ocasiones llegó á desesperarle de todo y á retraerle hacia la más inmóvil inercia. Pero, después de explicaciones tan baladíes, aumentaba sus culpas con los cínicos desenvolvimientos del drama de su traición. Parece imposible pudiera decir, sin vacilar, (á tal punto llevaba la ceguera de su conciencia) que lo prometía todo al gobierno revolucionario con ánimo de no cumplir nada. Por muy realista que Fersen fuera y por muy canalla que estimase á la revolución, debió hacer esfuerzos para que aquel cinismo no le provocase á náuseas, y aquellas náuseas no le provocasen á vómito. Así, cuando en sus *Memorias* á este punto llega Fersen, le llama vano, presuntuoso, aturdido; con mucho ingenio, pero con escaso juicio. Entre tantos defectos, con más faltas, como dice nuestro pueblo, que una pelota, el mayor defecto suyo, la mayor falta estuvo en una tan ciega pasión por sí mismo, en una confianza tal de sus fuerzas, que su vanidad rayaba en verdadero candor y el candor le llevó á la deshonor completa y la muerte obscura.

Los hechos tienen un enlace misterioso que los encadena en una rigurosa lógica y los eleva naturalmente á una especie de filosófico sistema. Las causas generales del Terror mucho, muchísimo resaltan en el fondo de toda historia, cuando se calculan y patentizan los grados de ímpetu que tienen los empujes progresivos y los grados de resistencia que oponen la tradición, la costumbre, la estabilidad en los movimientos progresivos. No debe maravillarnos el que, á primera vista, se conozcan las causas generales del Terror, y que se desconozcan un poco más las causas ocasionales. Más fácil ver las grandes moles con el telescopio y los espacios infinitos á primera vista, que ver las causas ocasionales y segundas con los microscopios del análisis y de la crítica. Pero, no dudéis que cada hecho capital de la revolución y cada fase del espíritu revolucionario resultan en el análisis de la historia provocados por errores ó maldades ó traiciones de las antiguas clases sociales y de los antiguos elementos políticos. Se constituyeron los Estados Generales en Asamblea Constituyente porque la monarquía no vió en ellos la nación, disolviéndolos y cerrándoles en Versalles todo asilo, hasta que, menospreciados, si no perseguidos, se irguieron, y refugiados en el Trinquete, juraron, movidos por el espíritu de progreso, no separarse sino después de dotar con una Constitución á Francia. Tuvieron que cambiar los reyes su tranquila residencia de Versalles por su tormentosa residencia de París al banquete famoso del Teatro, donde los guardias de corps entonaron los antiguos himnos realistas y pisotearon la escarapela tricolor. Estalló el movimiento de Julio, y como consecuencia de tal movimiento, la toma del fuerte llamado la Bastilla, porque aglomeraron los reyes en requerimiento de la reacción todos los soldados disponibles alrededor de París, amenazando con un golpe de estado, y despidiendo á Necker, ministro popular entonces. Disminuyó el poder monárquico y aumentó el poder revolucionario en la demente fuga de Varennes. El combate porfiado entre la corte y los revolucionarios provino de los obstáculos opuestos por

las Tullerías á la desamortización eclesiástica y á las leyes religiosas. El movimiento de Agosto el noventa y dos en que cayeron las Tullerías, como antes, en ochenta y nueve, cayera la Bastilla, surgió de la despedida del ministerio girondino. Precipitó la muerte del Rey aquella triste alhacena, que se llamó armario de hierro, donde se contenían y encerraban innumerables pruebas de las traiciones cortesanas y sus maquiavélicas embustes. La infamia de Dumouriez y el golpe asestado por esta mano alevé á la cabeza de Francia concluyó con la Gironda y llevó al cadalso los girondinos. El asesinato de Marat le dió la consiguiente apoteosis, y al pie de tal apoteosis, como en los funerales antiguos se inmolaban muchas víctimas, surgió la pira del terror, y, en torno de esta pira, la matanza ya sistemática. El nuevo dios, el espíritu revolucionario, desacatado y ofendido, pidió, como los antiguos dioses de la Francia céltica, sacrificios cruentos y víctimas humanas. En estos sacrificios y entre tantas víctimas, no podían los revolucionarios olvidar á la reina. Barere, según hemos dicho, catalogó todas las medidas cruentas que desataban infernales furias sobre la tierra de Francia, y convertían el suelo francés en un verdadero infierno, donde se liquidaban, como si fueran de hielo, todos los hierros de la servidumbre y todos los tormentos del feudalismo. Una de las medidas catalogadas por la venganza, por la Nemesi revolucionaria, fué, como demandaban los rojos, el proceso de Antonieta.

La reina parecía en el Temple una estatua funeraria moviéndose y hablando. A aquella luz de las fortalezas, por tristes celosías cernida, la iluminaba como ilumina el siniestro destello de los cirios amarillos el catafalco, el ataúd, la mortaja. Un traje de negro merino la envolvía como envuelve á la profesa el hábito de monástica estameña. Una gorra blanca, semejante á capucha fúnebre, le cubría la cabeza. Encañonada con esmero, le caía el encañonado aquel por la espalda, y dejaba entrever los mechones de su cabello, encanecida, no por los años, pues apenas contaba treinta y ocho, por los horrores de su posición y de su historia. Una pañoleta blanca ocultaba muy mal, así los movimientos de su pecho fatigoso, como los latidos de su corazón lacerado. Completaba todo este arreo de viudez, grande pedazo de crespón, un velo, el cual parecía, no una sombra de luto, una sombra de muerte. El dolor más amargo se refleja en su rostro, pero sin rebajar la enorme altivez de su frente y el fulminante centelleo de su imperiosa mirada. Un rojizo color de fuego ha ribeteado sus ojos y encendido sus mejillas, asemejándola con todas sus huellas á una orante de Catacumba y á una plañidera de entierro y á una penitente de Cenobio. Ya no sonríen aquellos labios casi cárdenos; ya no respiran gozosos el aire ambiente aquellas narices aquilinas; ya no suelta melodiosa su voz apagada por una perdurable agonía. El insomnio le da ese aspecto extraño que toman todos cuantos sufren asaltos continuos de un sueño involuntario, cuya satisfacción el desarreglo nervioso no permite. Nunca la infeliz creyó en la posibilidad inminente de un supremo atentado. Más

temía un violento atropello que un regular juicio. Como Luis XVI bajo la guillotina esperaba del pueblo su redención, Antonieta creía imposible se atrevieran los revolucionarios á descabezarla, mientras se iban aglomerando por las fronteras los innumerables ejércitos extranjeros, los primeros ejércitos del mundo, comandados por sus regios é imperiales parientes. Mas, á pesar del convencimiento que tenía sobre la duración de su vida, marchaba con ímpetu soberano á la muerte, preparándose á recibirla como un supremo descanso. Aunque nacida y criada entre filósofos, no profesó las ideas filosóficas de su tiempo, y guardó mal ó bien de su grado las antiguas creencias. En tal estado de aquel su corazón, la infeliz no hacía más que contemplar el corazón de María, la Virgen Madre, atravesado por siete agudas espadas. Hasta en los tiempos de sus mayores ligerezas, que tanto crédito moral quitaron á su nombre y tanto crédito material á su corona, la reina guardó una devoción, recurso natural de las mujeres que no son bastante íntegras en su vida moral, y que, pertenecientes al seno de una sociedad pervertida, como todas las sociedades palaciegas, si no tienen las caídas, tienen las tentaciones cuyos asaltos perturban aun á los más justos. Antonieta nunca sintió estimación por su marido. Durante mucho tiempo vivió con él como con un hermano, por achaques orgánicos del rey, remediados en diversas operaciones de una sabia cirujía. Esta situación, molesta para toda mujer casada, era molestísima, tratándose de una reina, la cual necesitaba tener hijos, y recibía, cada lunes y cada martes una carta de su imperiosa madre madándole con toda brutalidad realista engendrar y parir, por ser muy conveniente á la salud del Estado y al arraigo de la dinastía. Por fin engendró y parió, encontrando en el rey al hombre material; pero sin encontrar el hombre político y estadista con quien ella soñaba. Naturaleza varonil y batalladora gustaba del combate Antonieta. Y tenía un esposo resignado, no un esposo combatiente, contrariándole mucho tal carácter del rey, que le quitaba esa estimación profunda, indispensable al profundo amor. Pero en los últimos días de su vida Luis apareció tan valeroso, que Antonieta, estimando, como todas las mujeres, el valor primer virtud del hombre, lo admira por su cautiverio y por su agonía, llegando en esta natural admiración y sus escalas á la nota sublime del amor, nota muy tardía, que sólo gozar pudo en un recuerdo de inaquistable realización por la esperanza.

¡Cuán terrible la desgracia y cuán profundo el dolor! Cuando la mañana del veintidós en aquel Enero espantoso Antonieta viera sus hijos sin padre, sin un padre, cuyos últimos instantes le sugieran religioso culto, debió sentir una pena material tan grande como si los perros del campo y los buitres del aire se le comieran el corazón palpitante y las entrañas vivas. Los mayores asesinos quedan limpios ante la compasión humana desde la más justa y la más legítima inmólación. ¿Qué no sucedería tratándose de un personaje, vulgar, sí, pero á la postre, bueno como Luis XVI, engañado, muy engañado, mas engañado por errores, los cuales al nacer, le habían impuesto con su corona la misma socie-